D. JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

D. JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

CANTO FÚNEBRE

CONSAGRADO Á LA MEMORIA
DE LA SRA. DOÑA LUISA ANTONIA SOSA DE MAITÍN.

(FRAGMENTOS.)

IX.

¡Cuán sola y olvidada,
Cuán triste está la huerta
Hace poco por ella cultivada!
Su lánguida corola
Tiene la flor apenas entreabierta,
Y al ver los tallos secos é inclinados,
Esta vegetación ambigua, incierta;
Al ver tanto abandono,
Las hierbas devorando los sembrados,
Sin humedad la tierra, sin abono,
Dijérase que siente
Esta familia huérfana su suerte;
Que lleva un negro luto
Sobre su frente pálida prendido;
Que espera ya la muerte,
Ó que llorando está lo que ha perdido.
Á vista de este cuadro

Tan vivo, de tristura
Siento que el corazón se me destroza.
Me lanzo á la ventura
Por entre el laberinto
Del follaje en desmayo y sin frescura;
Maltrato, con el pie, de aquel recinto
La inútil hermosura.
Cual máquina ambulante,
Sin senda, sin camino conocido,
Las manos extendidas, delirante,
Buscan mis brazos algo que he perdido.
Estrecho con amor cada sembrado,
Corro del uno al otro
Con paso desigual, precipitado;
Me cubro el rostro ardiente con las ramas,
Las llevo al pecho, de llorar cansado;
Sobre ellas deposito
Mi beso convulsivo y prolongado,
Y al muro, y á las piedras,
Á las hojas, al tronco endurecido,
Á tanto objeto caro, inanimado,
De mi dolor prestándole el sentido,
Paréceme escuchar que me responden,
Que sale de su seno hondo un gemido,
Que el aire puebla un alarido ronco,
Y en cada tierna flor que encuentro al paso,
En cada arbusto, en cada negro tronco
Que á la presión nerviosa de mi abrazo
Convulso y animado,
Con fuerte oscilación tiembla y se agita,
Pienso sentir el golpe acelerado
De un corazón amigo que palpita.

X.

Aquí en este rincón pimpolla y sale
Una tierna y gentil adormidera
Que ayer no más sembraste;

Planta huérfana y frágil que dejaste
Aun antes que naciera.
Sobre la blanda tierra
Por ti recientemente removida,
Fresca, visible, clara,
De tus dedos la huella está esculpida.
¿Quién hubiera pensado
Que antes que esta semilla retoñara,
Tu vida en un suspiro,
En un quejido leve terminara;
Que no vieran tus ojos
Brotar este pimpollo
Que no esperaba más que una hora, un día,
Para romper el germen
Que su vida en prisiones contenía,
La vida que, sin ti, sin tus cuidados,
No tuviera tal vez? ¡Oh! encierra, encierra,
Planta inútil, tardía,
Tu vástago otra vez bajo de tierra:
La que buscas aquí ya es sombra fría.
¡Retoño! llegas tarde,
No encuentras quien te riegue,
Quien se afane por ti, ni quien te guarde.
En vano, pobre arbusto,
El aire buscas, la humedad, el día,
La noche fresca y la apacible luna;
Perdistes en tu cuna
La que daba á este sitio su alegría;
Y esta pequeña y limitada huerta
Que pudo ser tu asilo de ventura,
Será una soledad triste y desierta,
Tu pobre y tu callada sepultura.

XI.

Mas ¡ay! no morirás. Sobre tu tallo
Inclinada mi frente de contino,
Vigilaré incansable, sin desmayo,
Con empeño incesante, tu destino.

Yo ampararé tu juventud lozana;
En ti clavados mis atentos ojos,
La maleza, la espina, los abrojos,
Apartaré de ti tarde y mañana.
Y cuando tus verdores,
Cuando tu pompa y majestad temprana
Debas á mis cuidados protectores,
Cuando florida estés, tus verdes ramos
Á su callada tumba
De ofrenda servirán, y al colocarlos
Sobre su sepultura solitaria,
Postrado, enternecido,
Su sombra evocaré con un gemido,
Un llanto de dolor y una plegaria.

XII.

Yo salgo tristemente
Por los sitios más solos y apartados
Llevando mi dolor, mustia la frente,
Y los ojos de lágrimas preñados.
De pronto en mi camino,
Debajo de la sombra de una rama,
Debajo de un espino,
Algún mendigo encuentro
De los que tantas veces socorría
La que fué de los tristes el consuelo,
La que mis ojos lloran noche y día.
Su brazo tembloroso
Me tiende el pobre anciano desvalido.
Recuerdo cuántas veces
Fué por ella en sus penas socorrido;
Y el pobre que ella amaba,
El mísero mendigo,
Que en su bondad hallaba
Favor, consuelo, protección y abrigo,
No es para mí un extraño,
Es un fiel compañero, es un amigo.

Con alma enternecida
Adonde está me acerco, y en su mano,
Por el hambre y la edad desfallecida,
Mi socorro al poner, le digo: «Anciano,
Esta limosna es otro quien la envía;
No te la doy por mí, quien la da es ELLA.
Esta virtud seráfica no es mía;
Esta era una virtud de su alma bella.
Por su eterna salud ruega, mendigo;
Que Dios tus oraciones
Escuchará con corazón amigo.»
Entonces un torrente
Se escapa de sus ojos
Cual manantial de gratitud ardiente;
Y cuando de llorar están ya rojos,
Me alejo lentamente,
Llevando, consolado,
En mi ulcerado pecho el santo gozo
De aquella gratitud que ella ha inspirado,
De aquel puro y simpático sollozo.

XIII.

Lloroso, pensativo,
Mis largas horas paso
Á la margen sentado de este río.
Aquí todo contrasta
Con mi pesar sombrío:
En esta soledad solemne y vasta
No hallo un dolor que corresponda al mío.
Las hojas resplandecen
Cargadas con las gotas de rocío;
En la vecina altura,
En la lejana cumbre,
Vestida de matices y verdura,
Ostenta el sol magnífica su lumbre,
Mientras que yo devoro
En triste soledad mi pesadumbre.

¿Tan poco así te mueve
¡Oh pintoresco Choroní! mi pena?
Tu soledad amiga,
¿Por qué se muestra á mi dolor ajena?
¡Yo, que en tus ilusiones me he mecido,
Que el aire de tu selva he respirado,
Que tu último rincón he preferido
Á la mejor ciudad, que te he cantado!.....
Los seres entre sí todos se estrechan
Con secretas y ocultas relaciones,
Se combinan, se buscan, se desechan
Entre un mar de atracción y repulsiones;
Todo es combate, lucha,
Acción y reacción en cada hora.
¡Y yo, materia viva,
Pensante, sentidora,
Que aliento y me confundo
De Dios en las eternas creaciones;
Parte de este conjunto
De afinidad, de mutuas atracciones,
En cuyo espacio giro,
En cuyo seno moro,
Á cuya inmensa mole
Por lazos invisibles me incorporo,
No encuentro una señal que me revele
La acción de mis pesares
Sobre la calma eterna y majestuosa
De esta naturaleza silenciosa,
De estos quietos, pacíficos lugares!

Todo sereno está, todo reposa:
Nada un dolor denuncia ni una pena.
Bullente, estrepitoso corre el río
Sobre su lecho de brillante arena;
El matizado insecto
Con ardiente inquietud se agita y mueve;
El follaje despide su murmullo
Al soplo matinal del aire leve;
Y las aguas, los montes y los vientos,

Y el ave inquieta que saluda el día,
Levantan con apática indolencia
Su himno sin fin, su eterna melodía.

¡Concierto disonante,
Horrible, estrepitosa algarabía,
Que suena á mis oídos,
Como la befa amarga y la ironía
De la implacable y cruel naturaleza,
Para quien es lo mismo
El contento, la dicha, la alegría
De un ser que piensa ó su mortal tristeza.

XIV.

Clara, brillante, hermosa,
Osténtase la noche
De estrellas coronada,
Y su atmósfera limpia y silenciosa
Se carga de la esencia
De las plantas, las hierbas y las flores.
Todo es serenidad y transparencia;
Todo frescura y suaves resplandores;
Un murmullo solemne y religioso
Levanta por doquier blanda la brisa,
Y en medio del cenit la móvil luna
Su luz nos manda lánguida, indecisa.
Sólo una nube irregular, obscura,
Como la orla flotante de algún velo
Colgado de una tumba,
Surca en medio de tantas claridades,
De tanta luz, como un lunar del cielo.
Sobre mi pobre techo,
Sobre mi patio mudo y descuidado,
Sobre el jardín estrecho,
Sobre cuanto contiene mi cercado,
La nube negra, inmóvil,
Proyecta su penumbra,
En tanto que la luna despejada

Baña la tierra con su luz plateada
Y el valle todo en derredor alumbra.
Á vista de esta escena,
Que me interesa más que apesadumbra,
Exclamo conmovido:

«¡Oh! gracias, gracias mil, Naturaleza,
Que siquiera una vez has consentido
En vestir el crespón de mi tristeza.
No apartes esa nube
Obscura, aislada, solitaria, espesa,
De ese punto del cielo todavía.
Con soplo prematuro
No destruyas tan fúnebre armonía.
Aléjales tu brillo á mis hogares,
Ayer tumba sombría
Y hoy mansión de recuerdos y pesares.»

Paréceme que entonces
Todo en la tierra á mi dolor responde.
La luna compasiva
Sus resplandores á mi vista esconde.
De la palmera altiva
Las ramas descolgantes languidecen;
Y las espigas tiernas
Ya en confuso temor no se estremecen.
El aura, sin aliento,
En torno no retoza de las hojas
Que se inclinan en triste desaliento.
En la naciente hierba
Que la penumbra oculta,
No relucen las gotas del rocío.
Escucho á gran distancia
Entre su lecho sollozar el río;
Y el ruido quejumbroso,
Cual lánguida fatiga,
Que forma al deslizarse su onda clara,
Paréceme el adiós de un alma amiga
Que de mí para siempre se separa.

XV.

Ya piso el cementerio
Augusto, majestuoso,
Con su solemnidad y su misterio.
Estoy en la morada de la muerte,
Donde el pequeño, el grande, el flaco, el fuerte,
Sin distinción sucumben
Bajo un destino igual, bajo igual suerte.
¡Mirad á lo que quedan reducidas
Las míseras pasiones,
El altanero orgullo,
Las vanas ilusiones,
De la lisonja el mundanal murmullo,
Tanta esperanza y tantas ambiciones!
En este polvo encallan
La astucia, las ficciones y el amaño;
Aquí hay sinceridad en los afectos,
Llanto puro, verdad y desengaño.
¿Cómo contar el mar de tibias gotas
Que sobre estos despojos se ha vertido,
Que estas humildes cruces ha mojado,
Que en estas inscripciones ha corrido,
Que esta hierba naciente ha salpicado,
Que el polvo de estas tumbas ha embebido;
Lágrimas de una madre desolada,
La compasión, la oculta analogía,
La ardiente gratitud celeste y pura,
El afecto, el amor, la simpatía?
¡Ah! Si se recogiese en una hora,
En un instante dado,
Esa lluvia de gotas encendidas,
Ese raudal de lágrimas vertidas
Que esos tristes despojos ha empapado,
Pudiérase formar una honda charca,
Mar salido del mar de nuestros ojos,
Que sepultase en sus ardientes olas
Cuanto este sitio funeral abarca,

Inscripciones, osario, hierba, abrojos,
Túmulo, cruces, tumbas y despojos.

XVI.

¡Sombra de la que amé; solo y perdido
Quedo en la tierra. Tímido, cansado,
Un rumbo seguiré no conocido,
Á la merced del vendaval airado,
Tal vez por las borrascas combatido,
Acaso por los hombres olvidado.
El mundo es todo para mí un desierto.
De mi existencia usada
El proceloso mar surcaré incierto,
Cual nave destrozada
Que lanza el huracán lejos del puerto.
No sé cuál es la suerte que me aguarda,
Obscuro el porvenir; mas imitando
Tu ejemplo santo y raro,
Siguiendo tus virtudes una á una,
Inspirado por ti, bajo tu amparo,
Contrastaré el rigor de la fortuna;
Me haré mejor, pensando
En la existencia pura y bendecida
Que junto á mí pasaste, y de esta suerte,
Si debí mis contentos á tu vida,
Deberé mis virtudes á tu muerte.

XVII.

Adiós, adiós. Que el viento de la noche,
De frescura y de olores impregnado,
Sobre tu blanco túmulo de piedra
Deje, al pasar, su beso perfumado;
Que te aromen las flores que aquí dejo;
Que tu cama de tierra halles liviana.
Sombra querida y santa, yo me alejo;
Descansa en paz..... Yo volveré mañana.

EL HOGAR CAMPESTRE.

. . . . . .

Ameno el campo ostenta su opulencia
En su espléndido manto de verdura,
Y regala el olfato con su esencia
La flor que crece oculta en la espesura.

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas,
Ir por el valle susurrando amores,
Y salpicar las hojas purpurinas,
Con sus blancas espumas, de las flores!

Y ver cómo sin tregua y sin descanso,
Con giros mil, la retozona brisa
En ondulantes pliegues del remanso
La transparente faz arruga y riza,

Y cuando tardo el sol y esplendoroso
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
Y con su rayo ardiente y caluroso
Deslumbra y quema el fatigado suelo.

¡Cuán dulce es reposar bajo la sombra
De la ceiba ramosa y extendida,
Y entre la hierba ver que el suelo alfombra
Correr la fuente que á beber convida!

¡Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana,
Que el sol tiende en la bóveda azulada,
Al ocultar su lumbre soberana!

Y cuando al aclarar, en Occidente
Su luz sepulta al fin la última estrella,
¡Cuán grato es ver en el opuesto Oriente
La aurora despuntar, cándida y bella!